

Y su voz, como brisa de primavera,
Dulce y mansa me dice: «¡Sufre y espera!»

Yo conozco el aliento de aquella boca;
Yo conozco aquel manto y aquella toca,
Desde una triste noche que, delirando,
Á la luz de unos cirios pasé velando;
¡Triste noche, solemne triste velada
Que dejó el alma mía regenerada!

Dulce voz que me alientas en mi agonía,
¡Ay de mí si cesaras de hablarme un día!
Por tus santas palabras, que fiel venero,
Resignado á mi suerte sufro y espero;
Por tí, por tí la mano de Dios bendigo,
Que imparcial nos reparte premio y castigo;
Por tí me postro humilde bajo esa mano;
Por tí soy religioso, por tí cristiano.
Dios, que sabe la historia de mi tormento,
Por tí en mis amarguras me infunde aliento.
Dulce voz misteriosa que tanto alcanzas,
Dulce voz que reanimas mis esperanzas,
Nunca niegues tus ecos al alma mía;
Que ¡ay de mí si cesaras de hablarme un día!

DON GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

Á mi buen amigo el ilustre poeta Manuel Reina.

¡SURSUM CORDA!

INTRODUCCIÓN

A España.

Nunca mi labio á la servil lisonja
Parias rindió. Ni el éxito ruidoso
Ni la soberbia afortunada, oyeron
Falaz encomio de mi humilde Musa.
Dióme su austeridad la honrada tierra
Donde nací, y el presuroso tiempo
Que arrastra y lleva en sus revueltas olas
Las grandezas humanas al olvido,
Á mi pesar me enseña que en el mundo
Tan sólo á dos excelsas majestades
Puedo, sin mengua, levantar mi canto:
La Verdad y el Dolor.

En estas horas
De febril inquietud, ¿quién, Patria mía,
Merece como tú la pobre ofrenda
De mi respeto y de mi amor? Postrada

En los escombros de tu antigua gloria,
La negra adversidad, con férrea mano,
Comprime los latidos de tu pecho
Y el aire que respiras envenena.
Como tigre feroz clavó sus garras
La catástrofe en tí, y en tus heridas
Entrañas sacia su voraz instinto.
¿Quién, al mirar tus lástimas, no llora?
¿Puede haber hombre tan perverso y duro,
Ni aun concebido en crapulosa orgía
Por hembra impura, que impasible vea
Morir sin fe, desesperado y solo
Al dulce bien que le llevó en su seno?
¿No existe, no!

Perdona si movido
Por la ciega pasión, allá en lejanos
Y borrascosos días, cuando airada
Mi voz como fatídico anatema
Tronó en la tempestad, quizás injusto
Contigo pude ser. Pero hoy, que sufres,
Hoy que, Job de la Historia, te retuerces
En tu lecho de angustia, arrepentido
Y llena el alma de mortal congoja,
Acudo ansioso á consolar tus penas,
A combatir con los inmundos buitres,
Ávidos del festín, que en torno giran
De tu ulcerado cuerpo y si lo mandas,
¡Oh, noble mártir! á morir contigo.

Pero ¿quién habla de morir? ¿Acaso
No eres, Patria inmortal? Tendrás eclipses
Como los tiene el sol. Sombras tenaces,
Cual hiperbórea noche larga y fría,

Sobre tí pesarán, mientras no llegue
Tu santa redención. ¡Hora dichosa
En que verás con júbilo y ternura,
Nacer el alba, el tenebroso espacio
Inundarse de luz, la tierra encinta
Estremecerse en éxtasis materno,
De armonías, aromas y colores
Poblarse el aire, y palpitar en todo
La plenitud eterna de la vida!
¡Ten esperanza y fe! Descubridora
De mundos, madre de indomada prole,
Tú no puedes morir, ¡Dios no lo quiere!
Aún tienes que cumplir altos destinos.
Busca en el seno de la paz bendita
Reparador descanso, hasta que cobren
Tus músculos salud, y en cuanto sientas
El hervor de tu sangre renovada,
Ponte en pie, sacudiendo tu marasmo,
Que como losa del sepulcro, oprime
Tu enferma voluntad. Surge del fondo
De tu aislamiento secular, y marcha
Con paso firme y corazón resuelto
Sin mirar hacia atrás, siempre adelante.
Sean la escuela y el taller y el surco
Los solos campos de batalla en donde
Tu razón y tus fuerzas ejercites.
Entra en las lides del trabajo y vence,
Que entonces de laureles coronada,
Más fecunda, más próspera y más grande,
Seguirás, fulgurando, tu camino
Por los arcos triunfales de la Historia.

Á América.

¡Ésta es España! Atónita y herida
Bajo el peso brutal de su infortunio,
Inerte yace la matrona augusta
Que en otros siglos fatigó á la fama.
La que surcó los mares procelosos
Buscándote atrevida en el misterio,
Hasta que un día, deslumbrando al mundo,
Surgiste, como Venus, de las ondas.
Cegada por tu espléndida hermosura,
Al engarzarte en su imperial diadema
España te oprimió; mas no la culpes,
Porque ¿cuándo la bárbara conquista
Justa y humana fué? También clemente
Te dió su sangre, su robusto idioma,
Sus leyes y su Dios. ¡Te lo dió todo,
Menos la libertad! pues mal pudiera
Darte el único bien que no tenía.

Contéplala vencida y humillada
Por la doblez del oro, y si te mueven
Á generosa lástima sus males,
El trágico desplome de una gloria
Que es también tuya, acórrela en su duelo.
¡Es tu madre infeliz! No la abandone
Tu amor, en tan inmensa desventura.

¡SURSUM CORDA!

Ruinas de una cartuja en el sitio más agreste y fragoso de la sierra. Por todas partes cierran el horizonte altas y nevadas cumbres. En medio de columnas caídas, pedestales y chapiteles rotos y escómbros esparcidos aquí y allá, levántase una cruz de piedra casi cubierta de plantas parásitas. Por entre jarales y breñas aparece marchando con dificultad en dirección á las ruinas, un PEREGRINO joven y robusto. Está anocheciendo.

El PEREGRINO, acercándose al convento destruido, con visibles muestras de cansancio y desaliento.

Va llegando la noche y la infinita
Tristeza de esta soledad adusta,
Como encanto maléfico gravita
Sobre todo mi ser. Hasta el más quedo
Murmullo de los árboles me asusta
Y oigo, al marchar, la voz con que me nombra
Entre las ruinas escondido, el miedo,
Que es hijo del silencio y de la sombra.

Como herido titán que en su sublime
Furor sacude sus gigantes hombros
Y derriba la mole que le oprime,
Así hundiendo su base en los escómbros,
Alza, espectro de piedra, sus oscuras
É incendiadas paredes el convento,
Con sus enormes brechas y hendiduras,
Por donde pasa rebramando el viento.
¡Ay! ¡Cómo agranda en su postrer momento
La luz crepuscular estas señales
De destrucción y muerte! La pilastra
Volcada entre los recios matorrales
Por donde llena de pavor se arrastra

Rápida y ondulosa la culebra;
El templo por la llama ennegrecido,
Cuyo denso color á trechos quiebra
Con su argentada claridad la luna,
Y do resuena el lúgubre gemido
Del cárabo agorero que en alguna
Desquiciada cornisa tiene el nido,
Solo como el pesar; la cruz de piedra,
Por cuyos rotos brazos se entrelaza
Con mortífero amor lasciva hiedra,
Y recordando el fin de ilustre raza,
Allá en el fondo, en su musgoso lecho
La escultura de noble castellano
Con su heráldico escudo sobre el pecho
Y en la espada feudal puesta la mano,
Todo, al morir la luz, todo acrecienta
El santo horror á la discordia, afrenta
Y al par castigo del linaje humano.

(Siéntase en uno de los peldaños de la cruz de piedra, vencido por la fatiga, y después de breve pausa exclama con penoso acento, como si en su alucinación percibiese las mismas visiones que evoca.)

¡Oh, monjes, que en la celda solitaria
En tan agrios lugares escondida,
Rompisteis con el don de la plegaria
Todas las servidumbres de la vida
Menos la del dolor, y que sin ruido,
En ya borrada sepultura, abierta
Por vuestras manos en el sacro ejido,
Dormís en las tinieblas del olvido
El sueño de que nunca se despierta!
¿A qué asomáis la descarnada frente?

No escucharéis como en aquellos días,
Llenos de vuestro espíritu creyente,
Los graves himnos del salterio de oro,
Que estallando en solemnes melodias,
Inundaban el templo desde el coro.
Ni veréis ya por el espacio inmenso
De la atrevida y portentosa nave,
Ascender la oración serena y suave,
Vestida con su túnica de incienso.
El claustro en que vivisteis ignorados
Como la flor silvestre que en la grieta
Del nativo peñón su aroma exhala;
La torre que á los tristes y cansados
Con la sencilla cruz de su veleta
El camino del cielo nos señala;
La campana que aun antes de la aurora
Turbaba la quietud de este desierto
Con esa voz en que se queja y ora
La humanidad que vive y la que ha muerto;
El ara excelsa donde tantas veces,
En vuestras lentas horas de amargura,
Como frágil bajel que busca el puerto,
Los ayes elevábais y las preces
Á otra región más diáfana y más pura;
Hasta la clara fuente que en el huerto
Os brindaba sus ondas cristalinas,
¿En dónde están? Con ímpetu y fracaso,
Como incendio voraz, de las vecinas
Cumbres lanzóse la soberbia humana,
Y el sol que iluminó desde el ocaso
Vuestro tranquilo hogar, á la mañana
Alumbro sólo calcinadas ruinas.

¡Ya es más firme y segura vuestra fosa,
Cubierta de zarzales! Para ejemplo
De la futura edad, la fe grandiosa
Que alzó tanta basilica asombrosa
Desplomándose va como ese templo.
Aquel árbol de espléndido follaje
Que dilataba en tiempos más felices
Por encima del mundo su ramaje
Y en todas las conciencias sus raíces,
So cuyo pabellón, siempre frondoso,
Los pueblos en su místico viaje
Hallaban sin cesar sombra y reposo,
Del huracán, azote de la selva,
Aún sin romperse el ímpetu resiste;
Mas ¡cuán herido y deshojado y triste
Hasta que Dios á renovarle vuelva!

Hundid, hundid, ¡oh monjes!, en la tumba
La amarillenta faz. ¿Podéis acaso
Restaurar nuestra fe, que se derrumba?
¿Lograréis que renazca á vuestro paso?
¡Hacedlo si podéis! Calmad la ardiente,
La inextinguible sed que nos devora,
Aun cuando mane de la oculta fuente
El agua cenagosa y corrompida,
Y sepa al fin la tierra, que lo ignora,
El pavoroso arcano de la vida.
¿Dónde el término está de la jornada?

(Con honda melancolía.)

¿Será verdad que el hombre sólo sea
Una mísera bestia alucinada
Por los vanos engendros de su idea?

La fe que manda, la razón que crea,
La voluntad que mueve, las pasiones
Rebeldes, los anhelos infinitos
Á otra mansión de perdurable calma,
Los simbólicos dogmas y los ritos
En cuyas inefables oraciones,
Como un perfume se evapora el alma,
¿Son la burla brutal y el sueño insano
Á que perpetuamente nos condena
Un caprichoso azar ó un Dios tirano?
Y no sólo la tierra ingrata y dura,
Sino todos los orbes que encadena
Con su atracción la inmensidad oscura,
¿Lugares ¡ay! de irredimible pena?
¿Y en el mundo, en la mente y en la altura
Todo para el mortal será mentira
Menos su perdurable desventura?
La Creación que en el espacio gira
Y con cadencia rítmica eslabona
Astros que el hombre á penetrar no alcanza,
¿No es más ¡oh espanto! que la eterna lira
En que la vida universal entona
Triste canto á un dolor sin esperanza?
Envueltos en el ciego torbellino
De la cósmica masa que nos crea
Y nos destruye, indiferente y fría,
¿Cuál es, si lo sabéis, nuestro destino?
Y en tan horrible y trágica pelea,
¿Qué somos? ¿Dónde vamos? ¿Quién nos guía?
¡No respondéis! Atónitas y mudas
Fantasmas de otra edad, veis nuestro duelo
Sin disipar las tenebrosas dudas

Que en horas de acerbísimo desvelo
Cubren las almas de mortal congoja,
Cual tropel desmandado y asesino
Que á traición nos asalta en el camino
Y hasta de la esperanza nos despoja.
¡Calláis!...

(Animándose.)

¡No importa que calléis! Si á veces
La duda con sus densas lobregueces
Nuestro afligido espíritu cautiva,
Pronto del yugo le redime y salva
La fe, que surge luminosa y viva
Como del seno de la noche el alba.
Mas no la fe que semejante al ave
Entre dorados hierros prisionera,
Entumecida y tímida, no sabe
Ni el vuelo inútil ensayar siquiera;
No la medrosa fe que cuando escucha
La voz del trueno sin vigor se postra,
Sino la fe que la tormenta arrostra,
Sonda el abismo y con los monstruos lucha.
¡La fe en la Humanidad, á quien Dios guía
Siempre á la cumbre, siempre hacia adelante
Y siempre en busca de la luz!
(Con tono de convicción profunda.) No es cierto
Que una divinidad loca y sombría,
Sin plan y sin amor rija el concierto
Armónico del mundo. Aunque distante,
Boga la nave hacia el celeste puerto,
Combatida, es verdad, pero no errante.
Cuando el hombre en la selva enmarañada

De su primera edad, exuberante
Como la juventud, despertó preso,
Al tender por doquiera la mirada,
Debió sentir sobre su frente el peso
De la Naturaleza desbordada.
Si desde el árbol do moraba oculto
Con su conciencia entorpecida á solas,
En medio del fragor y del tumulto
De tempestades, cataratas y olas,
Miró al través de la espesura, informe
Y como el caos revuelta, al pie del tronco,
La bestia hirsuta y el reptil enorme;
Si creyó percibir su grito bronco
Hasta en el són monótono y confuso
De la selva batida por la racha,
De seguro tembló, mas se repuso,
Y Adán caído ó transformada fiera,
(¿Quién su origen conoce?) inventó el hacha,
Derribó el árbol, encendió la hoguera,
Arrancó al bosque sazonados frutos,
Hizo la choza, desgarró el misterio,
Mató los monstruos y domó los brutos
Tras prolongada y formidable guerra,
Erigió la ciudad, fundó su imperio,
Surcó la mar y dominó la tierra.
Cuando por fin la indócil y salvaje
Naturaleza á su valor rendida,
Templó su furia y le prestó homenaje,
El hombre, en la pujanza de su vida,
Cada vez más resuelto, más potente
Y más ansioso de extender sus huellas,
Clavó en el cielo la pupila ardiente

Y el rumbo sorprendió de las estrellas.
¿Quién contuvo sus impetus? ¿Qué valla
Se resistió á su empuje soberano?
¿En qué indeciso campo de batalla
No logró la victoria por su mano?
Incansable y tenaz en su tarea,
Siempre conquistador y siempre activo,
Dió vida y forma á su impalpable verbo
Que volaba incorpóreo y fugitivo,
Alas resplandecientes á su idea,
Valor al débil, libertad al siervo;
Y sin tener un punto de desmayo
Arrebató, creciendo en osadía,
Á las entrañas de la nube el rayo
Y el cetro á la infecunda tiranía.

Larga es la senda recorrida y larga
La penosa labor á que se entrega.
¿Qué importa que el humilde peregrino
Á quien el polvo de las ruinas ciega,
Soltando á veces su pesada carga
Se siente en el ribazo del camino?
¿Es ¡ay! extraño que se abata y dude,
Cuando sus miembros la fatiga embarga
Y mientras, lleno de ansiedad, enjuga
El sudor de su frente, en donde deja
Cada jornada el surco de una arruga
Y una punzante espina cada queja?
Mas recobrando el ánimo, sacude
Su momentánea postración y marcha
Con redoblado afán. No le detiene
Ni el calor, ni la lluvia, ni la escarcha,
Ni el riesgo, ni la herida. Íntima y sorda

Oye una voz que de los cielos viene
Y sin cesar le dice:—*¡Sursum corda!*
¡Sursum corda! ¡Elevad los corazones,
Hijos nacidos de mujer! La senda
Es escabrosa, pero no infinita.
Cuando os deslumbre el sol, cuando os ofenda
El furor de los recios aquilones,
Cuando sintáis la voluntad marchita,
Alzad el alma á Dios. Su seno abierto
Para todos está como la tienda
Que el árabe levanta en el desierto.
¡Alzad el alma á Dios tres veces santo,
Que sin fijarse en condición ni en raza,
Con su cerúleo y estrellado manto
Á todos nos cobija y nos abraza.
Él los humanos derroteros traza,
Y cuando con la vida transitoria
Nuestra angustiada incertidumbre cesa,
Para ascendernos á mejor estado
Y ceñirnos el lauro de su gloria,
En su justa balanza sólo pesa
Lo que hemos padecido y trabajado.
¡Nadie en estéril ocio se consume!
Para que fructifique la simiente,
Abramos con la reja y con la pluma
Los surcos de la tierra y de la mente,
Pues cuando á la labor que nos señala
Hora por hora el cielo, damos cima,
Subimos un peldaño de la escala
Que á la Ciudad de Dios nos aproxima.
Y si del pedernal que es infecundo
Saca el golpe la luz, ¿no alcanzaremos

Con esfuerzos constantes y supremos
La prometida redención del mundo?
Todo trabajo es oración. Oremos.

(Con acento profético é inspirado.)

No faltarán á tan continuas preces
Templo ni altar. Horribles tempestades
Asolarán quizás como otras veces
Campos y monumentos y ciudades.
Podrán caer las religiones todas
Del tiempo en la rugiente catarata
Y los claustros, mezquitas y pagodas
Hundirse como esquife que arrebatada
Deshecho temporal hacia el abismo.
Pero aun cuando el tremendo cataclismo
La superficie del planeta arrase,
Entregado á sus iras sin defensa,
No hará temblar la incommovible base
De la admirable catedral inmensa,
Como el espacio transparente y clara,
Que tiene por sostén el hondo anhelo
De las conciencias, la piedad por ara
Y por nave la bóveda del cielo.

(Con inspirada energía.)

¡No más indecisión! La excelsa lumbre
De la verdad, indicame el camino.
¡Lejos de mí la torpe incertidumbre!
Ya no vacila el pobre peregrino.
¡En marcha, en marcha pues! La fe que siento
De mi encendido corazón desborda.
¡No me darán, hasta sanar la cumbre,

Alas la ciencia, la esperanza aliento
Y el triunfo Dios?... ¡Arriba!... ¡SURSUM CORDA!

Emprende animoso y resuelto la ascensión á la áspera montaña,
venciendo cuantos obstáculos encuentra al paso, y cuando
llega á una de las cimas más altas, la luna que aparece
en el cielo, le envuelve en su blanca y suavísima claridad.
